

# Elogio del Temblor

122

A mitad del sueño, cuando estamos perdidos en las cavernas de la inconsciencia, algo nos llama, nos despierta, nos saca del misterio. El mundo se estremece. Primero es un movimiento sordo y creciente, que reconocemos de inmediato. Luego, cuando hemos recuperado la vigilia, es un remezón energético, potente, brutal, cuya culminación bordea la tragedia. El corazón identifica su latido con el de la tierra. En seguida, el movimiento decrece, aminora su palpitación, se va apagando, hasta ser sólo una vibración sutil que se pierde en el silencio. Todo, entonces, queda en paz. Permanecemos un largo rato con la mirada puesta en las sombras del cielorraso, a la espera de una nueva sorpresa y en la idea de que puede retornar el estremecimiento, pero no tardamos en volver al sueño, reiniciando el encantado viaje por la mente que sólo la luz matinal interrumpirá.

El temblor nocturno nos requiere así, desde el fondo del universo, a la manera de una voz inmemorial, y nos pide estar alertas, no dejaron ganar nunca por la laxitud, permanecer vigilantes cuando todo parece invariable. Cumple, en cierto modo, una misión tónica, porque el miedo—sobre todo el miedo a la naturaleza, cuya fuerza es titánica— es como un flúido eléctrico, como un soplo enervante, como un estrépido interior, que pone en actividad toda nuestra estructura orgánica y psicológica. Cuando los días han comenzado a lucir su triste gris invernal y el techo nuboso vuelve a pesar sobre nuestras cabezas, parece que nos alineáramos en la tristeza, y, melancólicos y nostálgicos, transcurrimos por casas, oficinas, calles y plazas, entramos en los cines, tomamos una taza de café, hablamos resignadamente y nos sometemos a todo yugo. Nos hace falta un excitante tremendo. "¡Temblor!", se oye gritar a una voz femenina, y es cuando el horror nos envuelve.

Pero demos gracias a esta posibilidad de la catástrofe, a esta manera de acordar, a este anuncio de la muerte, que arrasa con la vocación conformista, con la disposición a aceptar todo como si fuera un designio fatal. En verdad, el temblor semeja a ese momento emocionante de las corridas de toros en que, de pronto, por no se sabe qué razón, la fiera aplomada embiste con furor y el matador, que ha estado en el ruedo con la rutinaria parsimonia del profesional a sueldo, se enciende de heroísmo y brinda un instante de gloria. El toro se arranca, el temblor se arranca. Estamos en pie. Llega el animal, llega el temblor, bufando, y helados y tensos nos roza el cuerpo, nos roza la vida, amenazando con arrebatárnosla. Después, esa fuerza oscura y terrestre sigue su camino. Se va dejándonos, en la boca seca, en el corazón a punto de estallar, en la cabeza confundida por el temor, la idea de que la existencia es un don precioso que merece ser amado. Cuando hemos recobrado la calma—es decir, cuando sabemos que una vez más hemos hecho el quite decisivo a la muerte, como el matador a la fiera intempestiva— estamos colmados de vitalidad, podemos seguir en la tarea que tenemos, sin importarnos que el sol esté velado, que el tiempo sea monótono, que en torno de cada uno las cosas y los seres tengan la faz impassible de siempre.

Deseemos que esta droga reconfortante nos venga en pequeñas dosis, como anoche, como hace unos meses, como es habitual, y no en la forma cruenta que, de siglo en siglo, se ofrece. Porque de aquella manera nos sirve para poner la mirada en nuestra importancia, para recuperar el sentido de la existencia, para no diluirnos en lo incoloro y vacío, y sobre todo, en el caso del cronista, para llenar unas cuartillas un día en que no encuentra tema para escribir.

Sebastián Salazar Bondy

16/5/56